

Fernando Binvignat

Romance del Cerro Grande



ORILLAS de La Serena,
en comarca de alfalfares,
cual lomo de paquidermo
dibújase el Cerro Grande.

En su piel de luz endrina
los agresivos quiscales
codician con sus agujas
las mariposas del aire.

En sus peñascos anidan
los pájaros montaraces
y en las negras cicatrices
de los caminos de nadie
las lagartijas imprimen
romboides de líneas fáciles.

A orillas de La Serena,
vigilando el mar y en Ande,
la hebra del Río Elqui
que es la lágrima del valle

y los huertos donde sueñan
papayos y colmenares,
con su grito de montaña
se levanta el Cerro Grande.

* * *

La historia de la República
guarda su nombre en sus lares
y lo proclama a los siglos
con espartano lenguaje,
con la oración del laurel
y el verso azul de sus mares.
El año cincuenta y nueve
de los tiempos liberales
al borde de su silencio
cruzaron tropas rivales
y florecieron banderas
en hervor de tempestades.
Era Pedro León Gallo
con su espada de diamante
y era el bronce tronador
de los soldados leales.
Los mineros de Atacama,
rebeldes, fieros y audaces,
huestes de la democracia
de cuarteles radicales,
con el machete en la diestra
y el fusil al pecho. Infantes

que el desierto ardiendo al sol
florecieron de estandartes
con las insignias de Matta,
patrón de las libertades.
Y el ejército monttino
de bayonetas llameantes
y yataganes bruñidos.
Pumas y cóndores. Laten
los campos de Santa Rosa
bajo el sol de media tarde.

* * *

El cielo puro de Chile
fue el corazón del romance.
Balas de plata volaban
como gaviotas errantes,
pero en las breñas ardían
las presillas de Vidaurre.
Cuando don Pedro León
alzó su brazo hacia el Ande
y en galope de aventura
tronchó los yuyos del valle
—revolucionario altivo
dejó su alma de estandarte—,
la loma de luz endrina,
la loma del Cerro Grande,
en cada roca humillada
tenía un rosal de sangre.

* * *

Oh patria mía, que cantas
llorando tus mocedades!
Que hasta en tus hijos permites
una lucha de titanes
para que la libertad
sea tu estrella adorable!
Cómo no besar tu tierra,
la sal azul de tus mares,
el altar de tu montaña
y el alma de tus ciudades.
Cómo no decir al mundo
tu virtud de eternidades
con este orgullo de hombre
que enseña al niño estudiante
por qué florece el quiscal,
por qué se arrodilla el valle,
por qué ruegan las campanas
de La Serena fragante,
por qué el mar apunta su arco
hacia la aurora del Ande,
por qué rezan los claveles
tu dulce nombre de madre,
cuando miro desde lejos,
nauta de mis soledades,
como los ciegos el sol,
la gloria del Cerro Grande!